**(4)**

**Homilía de Su Eminencia el Cardenal Fernando Filoni,**

**Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos**

**VI Domingo de Pascua**

**(Evinayong, domingo 21 mayo 2017)**

Excelentísimos hermanos en el episcopado,

Excelentísimo Representante Pontificio,

estimadas autoridades,

queridos hermanos y hermanas en Cristo,

*“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

*No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros”* (Jn. 14, 15.18):

Estas palabras de Jesús, dirigidas a sus discípulos antes de su Pascua, es decir, antes de morir y volver al Padre, resuenan nuevamente hoy, en este edificio que se eleva como Iglesia Catedral de Evinayong. Estamos aquí reunidos con la convicción de que Él, el Viviente, el Resucitado, está en medio de nosotros, como nos ha prometido Él mismo: “*No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros”* (Jn.14, 18). Esta presencia suya es motivo no solo de consolación, sino, sobre todo, de confianza y de ánimo; por lo tanto, no estamos solos ni huérfanos.

Con gran agrado os traigo el saludo y la bendición apostólica del Santo Padre, el Papa Francisco, que tiene muy en su corazón el bien de esta Iglesia de Guinea Ecuatorial. Tanto es así, que ha creado las nuevas diócesis de Evinayong y Mongomo. Ayer, justamente, en Mongomo, vivimos un gran momento de alegría por la consagración episcopal de tres nuevos hermanos. Renovando mis más sinceros deseos de un fructuoso ministerio episcopal a vuestro Pastor, Su Excelencia Monseñor Calixto-Paulino, os saludo con afecto y manifiesto mi aprecio por el camino que la Iglesia de Guinea Ecuatorial está siguiendo, consciente de la misión que esta tiene entre el Pueblo de esta noble tierra. A los sacerdotes, religiosos y religiosas dirijo mis palabras de ánimo, sabiendo que vuestra misión requiere mucho celo en medio de dificultades de todo tipo. Queridos hermanos y hermanas, os exhorto también a vosotros a colaborar en la formación de esta diócesis como Iglesia-Familia y os deseo a todos la *“gracia y la paz de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo”* (1 Co. 1, 3).

La primera lectura de este domingo, el sexto después de la Pascua, nos recuerda que la Iglesia ha nacido para evangelizar. En efecto, Jesús eligió a sus discípulos y los constituyó testigos de su resurrección. En base a esta vocación de difundir el anuncio de la resurrección, inicia la misión confiada por Jesús a los apóstoles; así también el diácono Felipe partió para una ciudad de Samaria, para predicar a Cristo muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia continúa esa misma misión, que constituye para todos los bautizados un compromiso irrenunciable y permanente. Predicar a Cristo es la misión de la Iglesia, de la que ninguno está excluido, porque predicar a Jesús es un compromiso obligatorio para todos los bautizados.

Hace siglos, en 1645 [mil seiscientos cuarenta y cinco], al igual que Felipe iba a Samaria, los Capuchinos fueron los primeros en llegar a la actual Guinea Ecuatorial. Ellos, así como otros misioneros que les siguieron –los sacerdotes de Toledo, los Jesuitas y, sobre todo, los Claretianos- han predicado aquí a Cristo, mostrándose como sus fieles testigos. Se han esforzado por indicar a los hermanos de esta tierra el camino de la salvación y han anunciado a Jesús. A todos ellos, con vosotros, rindo aquí mi homenaje de gratitud y estima por ese gran trabajo de evangelización que han realizado, plantando los cimientos de la Iglesia en medio de vosotros. Por lo tanto, ninguno puede poner un cimento distinto.

Justamente sobre estos cimientos, se erige hoy, como edificio espiritual, esta nueva comunidad eclesial de Evinayong, abriendo así un nuevo capítulo de la Iglesia en Guinea Ecuatorial. Como en todo nacimiento en una familia, también hoy nos surge espontáneamente la pregunta: “¿Qué será de esta realidad que es la diócesis de Evinayong?” (cfr. Lc. 1, 66).

Esta interrogación pone de manifiesto, al mismo tiempo, una gran preocupación y una viva esperanza. Tal preocupación y tal esperanza traducen, en efecto, el mayor deseo que mora en los corazones de todos, es decir, el ver que la nueva diócesis de Evinayong crezca y pueda enriquecer a toda la Iglesia con su fuerza vital. De esta preocupación y de esta esperanza no está exenta toda la comunidad cristiana de Guinea Ecuatorial, por la creación en su interior de una nueva diócesis. La Iglesia Católica de Guinea Ecuatorial, como cualquier familia, espera de la nueva diócesis de Evinayong un desarrollo generoso y un enriquecimiento espiritual, junto con un nuevo impulso evangelizador.

Seguro que sabemos que la nueva diócesis no quedará sola, porque el Señor Jesús nos garantizó su presencia constante con las palabras: *“No os dejaré huérfanos”*. En efecto, frente al grave riesgo de sentirse solos y abandonados, las palabras de Jesús son reconfortantes. Nos hacen experimentar la seguridad que viene de la experiencia de una presencia que consuela, que acoge, que acompaña hacia la esperanza de poder vivir y crecer.

Queridos hermanos y hermanas, vuestra nueva diócesis está llamada a esta esperanza de poder vivir y crecer. Pero ha sido confiada a vuestros cuidados; depende de vosotros como un recién nacido depende de los cuidados maternos y paternos. Como una pequeña semilla, vuestra nueva diócesis se os confía como a competentes agricultores. Esa semilla tiene que crecer para llegar a ser un árbol que, como dice Jesús en la comparación de la pequeña semilla que se convierte en árbol, pueda ofrecer refugio a los pájaros del cielo y la comida de sus frutos. En el pasado, ya otros han sembrado y plantado la palabra de Dios; ahora os toca a vosotros regar el campo para que crezca y dé fruto el bien. De este modo, como miembros de esta Iglesia, contribuiréis al crecimiento de esta planta que es vuestra diócesis de Evinayong. No sembréis la cizaña en este campo del Señor, es decir, no sembréis ni confusión, ni odio, ni celos; no murmuréis.

Estáis llamados a ser buenos constructores de esta nueva Iglesia. Construid, por tanto, sobre Cristo, el cimiento indestructible. Que cada uno sea un atento constructor y un sabio arquitecto, nos enseña San Pablo. Llevad a la construcción de esta Iglesia la preciosidad de la caridad fraterna, de la comunión y de la unidad; usad como piedras preciosas el perdón, la solidaridad, la verdad y la justicia. No aportéis la discordia, ni el interés personal, ni el pecado de la mentira. Estad, pues, atentos para que Jesús pueda ser acogido y tenga la alegría de encontrar su casa aquí entre vosotros.

En esta obra de construcción de vuestra diócesis, todos vosotros sois colaboradores de Dios. En realidad, es Él, Dios, el verdadero arquitecto de la Iglesia, es Él quien hace crecer la simiente. Por consiguiente, es a Él a quien hay que adorar en el corazón, para estar siempre dispuestos a responder a cualquiera que os pregunte sobre la razón de la fe y de la esperanza cristiana.

La promesa del Seños: “*volveré a vosotros*”, nos asegura que no debemos tener miedo, porque el Señor Jesús mismos mantendrá su promesa de estar con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cfr. Mt. 28m, 20).

*“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*”, nos ha dicho hoy el Evangelio de San Juan. Estas palabras de Jesús nos hacen entender que el secreto de todo es el amor por Cristo. Nuestra misión cristiana y eclesial brota e un profundo acto de amor, si no, se reduce a una simple actividad social. Todo compromiso apostólico, toda actividad misionera, todo servicio en la Iglesia tiene su origen en el amor por Cristo, al que no se debe anteponer nada. Recordemos la triple pregunta de Jesús a Pedro: *“Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”; “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?”; “Simón, hijo de Juan, ¿me amas verdaderamente”*. Y la respuesta de Pedro fue generosa: “*Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero*”. De este amor a Cristo brotó su misión apostólica: “*Apacienta mis ovejas*” (Jn. 21, 16.17)

Toda obra cristiana y pastoral tiene su origen en el amor por el Señor; la misión en la Iglesia se orienta al amor y a la caridad. Por lo tanto, la misión de la Iglesia se resume, antes que nada, en el testimonio de Cristo, el Maestro y el Señor. Como dice el Papa Francisco: “El testimonio de Cristo es la vía maestra de la evangelización”. Sobre el modelo del amor de Dios, que “*se ha manifestado a nosotros en su Hijo unigénito*” (1 Jn. 4, 9), también el amor del cristiano por su Señor debe ser generoso y total.

Queridos hermanos y hermanas, estas palabras de Jesús que he comentado son una invitación a vivir cada vez más coherentemente nuestra vocación de Iglesia-familia. Por lo tanto, os ruego que deis testimonio del Evangelio con valentía, llevando la esperanza a los pobres, a los que sufren, a los abandonados, a los desesperados, a aquellos que tienen sed de amor, de libertad, de verdad y de paz.

Que María Santísima, nuestra Madre, os ayude siempre en este propósito de hacer el bien y os acompañe en la construcción de vuestra diócesis como verdadera familia de Dios.

¡Mucho ánimo! Y, ahora, ¡caminad con Cristo!